

# LA TEOCRACIA DE JOMEINI

EDUARDO HARO TECLEN

**P**ARECE que el destino interno del Irán se está disputando ahora entre dos personas: Jomeini el teócrata, Bajtiar el liberal. Son, por lo menos, los dos protagonistas de la situación, aunque detrás de cada nombre haya un enrejado de fuerzas, ocultas unas, visibles otras, que se mueven y se agitan, que buscan que ciertos elementos no varíen demasiado. La fuerza más visible, ahora, es la del teócrata. Es la fuerza de la calle: una fuerza en plena exaltación, después de tener la sensación de que ha ganado lo más difícil de su guerra civil: expulsar el Sha, impedir la toma de poder directa por el Ejército, disuadir a cualquier fuerza extranjera de intentar una intervención directa y traer del exilio a su jefe espiritual y político. Bajtiar emitió el sábado la idea de una guerra santa y aseguró que, cuando el pueblo necesita armas para ella, las tendrá. La idea de guerra santa es medieval. No sólo exige sacrificios en defensa de la religión a quien la realiza, sino que le promete unos beneficios eternos en el más allá. Toynbee ha explicado más de una vez que a partir del siglo XV desapareció el fanatismo religioso de las guerras y éstas se convirtieron en una especie de deporte de reyes, lo cual, por horrible que sea, representaba una considerable mejora, puesto que entraba en juego una especie de reglamentación, de normas de juego, de idea de caballeridad, que no pertenecía a las guerras de fanatismo religioso, donde una ira santa permitía arrasar, destrozarse, torturar al enemigo. La guerra santa con que el ayatollah amenaza en Irán pertenece a todo el medievalismo que arrastra consigo a todo el fanatismo religioso que ha hecho su fuerza.

Viene esto a decir que hay por lo menos dos grandes potencias interesadas en que esta desgracia no suceda. Una es Estados Unidos; otra, la URSS. La revolución del Irán ha apuntado ya muy claramente a varios puntos que interesan a Estados Unidos. Uno, a los Estados Unidos mismos, como nación, como idea: los rebeldes han atacado centros

americanos, han paseado pancartas, han agredido a norteamericanos. Pero pretende también la nacionalización del petróleo —está nacionalizado teóricamente: lo que se intenta ahora es venderlo como se quiera a quien se quiera, sin seguir las normas mundiales en las que Irán desempeñaba un papel de moderador en nombre de Occidente—, y pretende acabar con formas de civilización de consumo, con una vida organizada sobre el capitalismo y la concurrencia.

Para la Unión Soviética, la idea de guerra santa es estremecedora; podría despertar a los millones de chitas que viven dentro de sus fronteras, que son ciudadanos soviéticos, y que lle-

van mal las restricciones, que se les imponen. Podría alcanzar a otros mahometanos. No podría soportar fácilmente en sus condiciones actuales internas y exteriores una confrontación de ese tipo.

Por eso no sería extraño que Estados Unidos y la URSS hubieran llegado ya a alguna forma de acuerdo en la cual contemplasen de una manera común la situación del Irán. Consistiría, en un principio, en el apoyo a Bajtiar, que dejaría las cosas como estaban, evitaría que se rompiera el "statu quo" internacional del Irán y, finalmente, supondría la modernización que el Sha no fue capaz de hacer; una modernización no sólo de costumbres, sino también política, con partidos y

Parlamento —entre ellos, el partido Tudeh, comunista— que, realmente no representaría para Estados Unidos algo menos seguro que el Sha —ya se ha visto lo inseguro que era el Sha, y una vez más se ha comprobado el riesgo que comporta el apoyo a los regímenes de fuerza— y que además estaría en su línea de derechos del hombre y de democracia controlada, mientras que para la URSS supondría una posibilidad mayor de influencia política y tal vez la retirada de los "consejeros" de los Estados Unidos de sus fronteras.

Quizá sea demasiado tarde para esta solución. Bajtiar se mantiene en ella, advierte al pueblo del riesgo en que está con una República Islámica que se-



La guerra santa con que el ayatollah amenaza en Irán pertenece a todo el medievalismo que arrastra consigo, a todo el fanatismo religioso que ha hecho su fuerza.



Su revolución es una larga paciencia, tejida en muchos años de exilio, y hasta su regreso se ha hecho con cierto cálculo.

ría más dura que el régimen del Sha, trata de sostener al Ejército a su favor, negocia, busca soluciones intermedias. Es indudable que los retrasos en el regreso del ayatollah han sido pequeñas victorias, y el evitar que la República Islámica se plantease simultáneamente al regreso de Jomeini ha tenido también una gran importancia. Pero está emplazado. Hay gestos que no puede hacer o que va a tratar de hacer demasiado tarde. No se atreve todavía a proclamar la República democrática y constitucional, primero porque tiene miedo de que el Ejército no le apoye, segundo porque piensa que debe retrasar ese paso con el fin de no aumentar el triunfalismo de los religiosos. La aplaza hasta un próximo referéndum, hasta una reforma constitucional y unas elecciones generales. No le va a dar tiempo...

La otra solución que pueden estar estudiando Estados Unidos y la URSS —en conjunto, o cada uno por su parte— es la de resignarse al ayatollah Jomeini y a su República Islámica bajo ciertas condiciones. Es decir, que el petróleo siga estando donde estaba, y las empresas extranjeras trabajando; que la expansión religiosa se contenga en las fronteras del Irán, que los chiitas no traten de hacer prosélitos más allá —en la URSS, en los países árabes—. En otras palabras, que haya un pacto.

El pacto es todavía posible. Jomeini presenta unas condiciones que no son únicas en los grandes figurones musulmanes de la Historia, comenzando por el propio Mahoma: la capacidad de llegar al máximo está limitada por la necesidad de no ir más lejos de lo posible. Una de las bases del Islam es el "qadar", que significa medida; otra es el

"jihad", o el ejercicio de la máxima capacidad de poder de cada uno. Parece que Jomeini ha exigido y se exige a sí mismo esta necesidad de llegar al máximo, y esta otra obligación de la medida, de la limitación ante lo imposible: su revolución es una larga paciencia, tejida en muchos años de exilio, y hasta su regreso se ha hecho con cierto cálculo. Puede ser que esté calculando continuamente las posibilidades de su implantación dentro de la medida de lo posible, y sin llegar a lo que podría ser la destrucción de su país, de su fe y de su persona. Se sabe que ha tenido negociaciones con enviados de Estados Unidos; no se sabe, pero puede haberlas tenido, con representantes de la

URSS. Debe saber hasta dónde se puede llegar demasiado lejos. De lo que no hay ninguna seguridad es de hasta qué punto los acontecimientos están en sus manos y hasta dónde un cierto paso occidental en el enfrentamiento del pueblo religioso y el Ejército o el Gobierno de Bajtiar pueden precipitar una serie de acontecimientos; que bala mal calculada o disparada como al azar puede desencadenar, realmente, la "guerra santa". En la que ya no habría posibilidad de regreso ni capacidad para predecir el futuro. Ni siquiera en el Oriente árabe, donde la sensación de frustración por los largos años de tensión y por la imposibilidad de encontrar salidas honestas puede canalizarse de pronto por esta vía. Es posible que para Israel el tema primordial sea lo que vaya a suceder en Irán; como lo está siendo para los gobernantes árabes, sobre todo para Egipto, Arabia Saudita y Jordania, para los emiratos del golfo Pérsico.

Parece que el interés primordial de las grandes potencias es el de apagar el fuego del Irán. Si es posible con Bajtiar, mejor. Si no lo es, negociando con Jomeini, situándolos en el límite de sus propias posibilidades, pactando con él. De otra forma, el incendio puede devorar una serie de países y ponerlo todo en una situación de catástrofe.

## IRAN, REPUBLICA ISLAMICA

**E**S el retorno de lo divino, escribía recientemente André Fontaine en "Le Monde". La bancarrota del racionalismo. Wojtyła, en Puebla, y Jomeini, en Teherán. Cuando las ideologías terrenas fracasan (el famoso desencanto no es algo privativo de estas latitudes), les llega el turno a los pescadores de la fe.

En México, el Papa ha dejado las cosas bastante claras. Ha repetido una vez más eso de "al César lo que es del César...". Lo malo es cuando los Césares se llaman Pinochet, Videla o Tachito Somoza. Por el contrario, el ayatollah Jomeini, que pretende ver su país convertido en una República Islámica, confunde a Dios y al César. Y con ello no hace sino mantenerse fiel al Islam, palabra que, como sabemos, significa "sometimiento (a Alá)".

Porque en el mundo islámico, ambos aspectos —el religioso y el civil o político— han estado indisolublemente unidos desde el comienzo. Las fuentes de la fe y del Derecho son las mismas: el Corán, palabra revelada; la suna, tradición

iniciada por los usos y dichos del profeta, según quedaron registrados en el Hadith, y el Ijmá' o consenso de la comunidad de creyentes, representada por los ulama o doctores, depositarios de la ortodoxia de la fe. El Shar'ia o Derecho musulmán, de inspiración divina e inmutable, regula todas las actividades de la comunidad: desde el comercio hasta la guerra, las relaciones con otros pueblos y los fieles de otras religiones. Infringir la ley islámica es también pecar contra Alá, que fue quien la dictó. Por eso, a cualquier violación corresponde no sólo una pena civil, sino también un castigo religioso.

Sin embargo, los chiitas, a los que pertenece el ayatollah Jomeini, constituyen a su vez una secta heterodoxa dentro del islamismo. Una secta que tiene su origen en el Califato de Alí, yerno del profeta por su matrimonio con Fátima, hija de Mahoma. Alí, cuarto Califa del Islam, estableció su capital en Cufa, Irak. A su muerte, el centro político del Islam se trasladó a Siria, hecho frente al cual se levantaron los ára-

Lo que es imposible de precisar ahora, y desde aquí, es cuál es la capacidad de resistencia de los iraníes moderados ante el gran aquelarre del ayatollah Jomeini, y cuál es el riesgo que corren de verse a su vez desbordados por un golpe militar. La oferta de Bajtiar de producir un Gobierno de unión nacional, en el que estuvieran representados miembros de la oposición religiosa designados por Jomeini, llega también demasiado tarde. Jomeini insiste en que ello sería posible si Bajtiar dimitiese. Pero, si dimites, ¿quién podrá ocupar este puesto?

Por el momento, no hay más que enigmas propios de toda situación en la que el control se ha perdido. Pero no hay que olvidar que una de las muchas posibilidades que se ofrecen es esta de la guerra santa, que abarcaría desde las Repúblicas soviéticas fronterizas hasta los musulmanes del otro lado del Mediterráneo, incluyendo los no chiitas, en una zona donde los grandes intereses mundiales están cruzados: es decir, que podría ser el acontecimiento más grave del mundo desde el final de la segunda guerra mundial: sin comparación posible con las guerras de Indochina y de Argelia, con la revolución cubana o el bloqueo de Berlín, por citar algunos de los puntos que fueron —y todavía son— candentes en los años pasados.

bes de Cufa, que trataron de restaurar el Califato de la Casa de Alí.

De esa forma, el chiismo comenzó siendo un movimiento político de oposición a la clase gobernante, que era ortodoxa o sunita. Pero la incorporación de elementos esotéricos procedentes de otras religiones asiáticas, debido a la propia expansión del Islam (1) haría que, frente a los sunitas, para quienes el Califa era simplemente la cabeza política y religiosa de la comunidad, sin funciones interpretativas en material legal o de fe, los chiitas reconocieran a los Imanes la capacidad de interpretar el Corán y llegarán, en algunos casos, atribuirles carácter casi divino.

Entre las sectas en que se divide a su vez el chiismo, la más importante —la de los imami—, mayoritaria entre los persas y que cuenta con numerosos adeptos en la India, Irak y Siria, reconoce a doce imanes, el último de los cuales, Moha-

(1) Ver "El mahometismo", de H. A. R. Gibb. Breviarios del Fondo de Cultura Económica. Segunda edición. México, 1966.